



CECILIA LÓPEZ BADANO, MONSERRAT ACUÑA MURILLO
Universidad Autónoma de Querétaro – México

Figura tradicional y figura disruptiva del padre en dos textos literarios latinoamericanos contemporáneos

ABSTRACT: The figure of the father is presented in a variety of ways in contemporary Latin American literature; one of the popular images, for instance, is that of a despotic patriarchal “macho” in the drug trafficking literature. However, there is also a new image of paternity linked to “new masculinity,” presented as gender utopia in the short story “Alumbramiento” (“Birth”) by Andrés Neuman (2006). Here, a male narrator gives birth to a new man who is, at the same time, himself and his own son. In this article, I aim to explore the change from traditional images of paternity to the new, disruptive, utopian ones, inscribed within new ideas about gender equality.

KEY WORDS: traditional and new paternity, patriarchy, gender equity

Distopía

Cuando se arriba a México desde alguna de las regiones donde también se habla español, un uso lingüístico propio de allí llama inmediatamente la atención: el adverbial de la palabra “padre” o “padrísimo” como sinónimo de algo muy bueno, o de la excelencia de un producto: “una fiesta padrísima/muy padre”, “un gesto padrísimo/muy padre”, etc.; que esto suceda se vuelve aún más llamativo cuando leemos una de las novelas centrales del canon mexicano: *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, donde la búsqueda del padre “abandónico” es el tema central. No faltan hipótesis al respecto, sobre todo, cuando se consideran varios usos negativos de palabras relacionadas con la madre –aquella Malinche-Chingada, según la reveladora explicación de Octavio Paz en *El Laberinto de la soledad*, fundadora de una raza mestiza–: el padre, como figura ausente, funciona como término de una idealización, de un deseo sublimado.

En un país que tiene altísimos índices regionales de madres solteras y embarazo adolescente, lo que podría denominarse “el deseo de protección paterna”, en las regiones más conflictivas se vuelca de un modo particular hacia el mundo actual del narcotráfico, predominantemente homosocial, donde el compromiso de lealtades masculinas y sometimiento a las figuras patriarcales de los “capos” sella, muchas veces desde el desamparo y la carencia de filiación “reconocible” propiciada por el abandono –que no lo es sólo o exclusivamente familiar, sino también estatal, hacia los denominados “ninis”¹, el ingreso a esas comunidades de afiliación coercitiva, donde la menor “deslealtad” cuesta la vida; algunas novelas vinculadas al tema dan cuenta de ello, como *Los trabajos del reino*, de Yuri HERRERA (2010 [2004]), donde un cantor pobre de “narcocorridos” obtiene la protección de un capo narco que se vuelve su padre-Mecenas con el fin de popularizar la imagen propia en las letras que “el Artista” compone y difunde.

Pero no es en estas novelas con personajes que materializan una afiliación que se presume “voluntaria”² a ese mundo homosocial-patriarcal donde centraré

¹ En México se denomina así a los jóvenes que “ni estudian ni trabajan”. Una interesante nota acerca de la versión argentina de estos jóvenes –entre los que crece o bien el delito, o bien el suicidio– fue publicada en la sección “Psicología” del diario *Página 12*, el 16/4/2016 por la psicoanalista Andrea Homeme, autora, además del libro *Psicoanálisis en las Trincheras: práctica analítica y derecho penal*. En ella, hablando del suicidio reciente de uno de estos muchachos, dice, acerca de las relaciones parentales, algo que en la actualidad es todavía mucho más evidente que en Argentina, en México, donde el soporte psicoanalítico que en Argentina está bastante naturalizado y brindado por muchas instituciones públicas, acá es absolutamente minoritario y todavía visto socialmente con sospecha por una gran mayoría:

Mientras están intoxicados por el consumo de sustancias, los chicos evitan la angustia de enfrentarse a lo que muchas veces es una realidad indisimulable: para ellos no hay lugar. Con frecuencia este no-lugar tiene su origen en su llegada al mundo en un grupo familiar desintegrado, en el que sus progenitores carecen de la disposición libidinal para sostener a ese niño en el campo del Deseo, único espacio verdaderamente fundante de la subjetividad. Y esta ausencia hace que el niño “sobreviva” a costa de la falta de inyección deseante, que se traducirá, por ejemplo, en la imposibilidad de sostener cualquier proyecto. Son los pibes [muchachos] que se cansan pronto, que se aburren, que abandonan todo aquello que inician, aun cuando lo hagan con un marcado entusiasmo: el “combustible libidinal” les dura poco, y los solemos encontrar a un costado del camino, averiados y a la espera de un auxilio que difícilmente llegue. Cuando llegan a esa instancia y algo los detiene (la justicia, habitualmente, tras la comisión de algún delito) y salen del aturdimiento tóxico, caen en estados de angustia y desesperanza, siendo urgente la necesidad de brindarles un sostén que los ayude a atravesar ese marcado malestar. Infelizmente, cuando ese sostén aparece a través de las distintas instituciones, suele ser insuficiente, y los vemos caer, escurrirse entre los dedos de las manos sin que podamos sujetarlos a la vida.

² Un dicho de jóvenes sicarios –quienes saben perfectamente, cuando entran al “negocio”, que tienen una vida de duración muy limitada– es popular en el norte: “es preferible un año como rey que la vida como güey” (“güey” es el término coloquial por “buey”, que era una palabra

el análisis, sino en una que retrata el ingreso a ese microuniverso de violencia masculina desde la filiación –natural– y la ausencia de imagen materna, por lo que el padre se vuelve allí una figura central, usurpadora de la totalidad del espacio afectivo, ya que la presencia femenina es en ella irrelevante: *Fiesta en madriguera*, ópera prima del mexicano Juan Pablo VILLALOBOS (2010).

A diferencia de otras novelas sobre el tema, donde el relato de la violencia tiene que ver con narradores testigos o protagonistas en uso de sus facultades mentales de adultos maduros, la excepcionalidad de ésta viene determinada por el punto de vista de un narrador niño, sin madre, hijo de un narcotraficante mexicano cuya identidad es construida sólo por lo que nos dice el pequeño, quien relata en primera persona y obviamente, ve a su padre de modo positivo, como la gran figura fuerte masculina central en su vida.

El hecho de que la descripción sea hecha a través del niño justifica que tanto el retrato de su padre como los de los demás personajes carezcan de profundidad psicológica y consideren más bien aspectos externos estereotipados, dejando afuera rasgos morales o psicológicos más profundos, que en todo caso, se reducen a la observación primitiva de un niño inteligente, centrada más en cuestiones externas, como los atavíos y accesorios –mismos que permiten al lector construir los caracteres–; por otra parte, esa visión infantil, de un pequeño talentoso pero casi carente de contacto con el mundo exterior, ya que vive amurallado y recluido en una especie de fortaleza con no más de 10 o 15 personas, logra reforzar un trasfondo de humor negro subyacente al texto, que desdramatiza en cierto modo la situación, caricaturizando rasgos distintivos que evocan la representación simbólica persistente en el imaginario popular colectivo local acerca de cómo son un narcotraficante, un maestro “sesentista” pretendidamente anti-imperialista, un asediado gobernador sobornado y corrupto.

Dos aspectos sobresalen en esta novela, en los que no insistiré acá por ser objeto de un artículo anterior: uno es su carácter de anti-Bildungsroman, determinado por un proceso de “des-educación” llevado a cabo por el padre, quien pervierte la naturaleza al principio prometedor del niño; el otro, la relación del relato con mitos náhuatl, ya que los nombres de los personajes aparecen en esta lengua y establecen correspondencias con el universo mítico prehispánico local: sólo como ejemplo, diré que el niño se llama Tochtli, que significa “conejo”; el padre, Yolcaut, es decir “serpiente venenosa” ¿qué se puede esperar de un conejo junto a una serpiente ponzoñosa?; estas referencias “descontemporaneizan” la novela, remitiéndola a actitudes de crueldad preexistentes a la conquista, pero prevalecientes aún en el mundo actual. Quisiera centrarme acá más bien en la figura paterna distópica que se diseña, porque esto servirá para oponer el relato

grosera e insultante hace años, ya que hacía referencia a una persona castrada y sometida al trabajo fuerte, como los bueyes; hoy es una expresión cotidiana que los jóvenes usan incluso como vocativo o como *hedge*).

a otro tipo de figura literaria utópica, que aparece en un universo narrativo diferente, del que nos ocuparemos más adelante.

Considerando lo dicho, el primer objetivo de la novela pareciera ser el de dibujar el estereotipo del narcotraficante desde el punto de vista –cercano e inocente– de un niño cuyo mundo es predominantemente masculino, de machista y homofóbica connivencia delincuente; sin embargo, tras este propósito aparente de retratar a un “narco” según los rasgos sobresalientes dentro del imaginario popular, aparece otro, presente en varias narrativas del narcotráfico: el dinero como “domesticador” de la personalidad, como elemento de perversión de la subjetividad, tópico que en el texto cobra una gravedad especial por manifestarse dentro de una relación parental padre-hijo –no sólo adulto-niño– que pierde así su carácter modélico en lo moral, cuando se reemplaza la educación familiar en principios éticos con adiestramiento en el soborno, y la vida familiar, con la complicidad propia de una pandilla, ya que el padre ni siquiera quiere que el niño lo reconozca como familiar, sino como compinche, para lo cual no sólo no permite que le diga “papá”, sino que lo malcría a través del consumismo con el que satisface sus más excéntricas demandas –poseer una extravagante colección de coronas y sombreros y, en el zoológico privado, un hipopótamo enano de Liberia, aunque sea un animal en vías de extinción–; esta complacencia con los caprichos exóticos de la criatura es lo que el padre le ofrece como sucedáneo del cariño.

Por otra parte, este atípico clan familiar sin madre ni hermanos –ausencias que fijan también la carencia de educación emocional– vive recluido en el palacio-madriguera donde se aíslan en una lujosa insularidad que no contempla más de veinte personas, burbuja o microcosmos donde lo público se vuelve privada corrupción: un panorama exclusivo y excluyente de sórdida violencia que el niño naturaliza como juego, acrecentando la ironía del relato; por ello, la actitud paterna, al faltarle al niño la confrontación social que le permitiría hacer comparaciones –la escuela, el juego compartido– se vuelve todavía más grave y de carácter más absoluto, ya que impone una modelización única, autoritaria, cuando no hay otros ejemplos de regulación conductual dignos de ser considerados.

El padre, entonces, en esta novela, naturaliza una violencia depredadora y la promueve a través de su ejemplificadora conducta ruda, opuesta al universo de la reflexión gradualmente desplazada por el síntoma que invade al pequeño (náuseas, descomposturas) para luego volverse promesa de acción en la asimilación cómplice con el “ideario” paterno-patriarcal, que lo aparta de cualquier ideal romántico y rompe el mito fundacional del humanismo burgués cuyo eje era la educación.

En una concepción iluminista tradicional, el advenimiento del “sujeto moderno” y su adaptación racional a un mundo en transformación dependía de su gestión reflexiva de la libertad individual en interacción con el mundo privado (familiar) y público (social); esa libertad ganada reflexivamente, entonces, era

producto de un progreso social de la conciencia que combinaba, para la resolución de conflictos, integración y distinción en el acceso a la normatividad; en contraste, en la concepción que prima en el texto ficcional, se aprecia la “deseducación” del niño a partir de la destrucción del principio reflexivo, racionalista, liberador; esto se visibiliza en el paso del uso del diccionario –representación de la cultura letrada– con el que el niño ampliaba su vocabulario y se autoeducaba, tanto a la playstation –representación de la tecnologización alienante– como al conocimiento de las armas y al “asesinato” de uno de sus pájaros, sin conciencia moral de lo que la muerte implica; estas actitudes alejan a la criatura de la normatividad social, conduciéndola a la deshumanización que lo animaliza y lo aproxima así al afecto paterno, como pequeña víctima (conejo) próxima a ser devorada (serpiente); ello da sentido a la denominación de “madriguera” para referirse a la morada de la que informa el título.

Si, por otra parte, como señala Julia KUSHIGIAN, “the Beautiful Soul, a cultural icon that personifies an interconnection between moral and aesthetic qualities, symbolizes the ultimate achievement of human endeavor when linked to potentially” (2003: 13) y este logro era el culminante del humanismo, el quebrantamiento del “alma bella” en el texto a través del crecimiento de la potencialidad paterna negativa, viola ese objetivo al producir involución humana: complicidad en lugar de integración y similitud en lugar de distinción, ello, dado dentro de un mundo patriarcal cuya normatividad es destructiva tanto del espectro natural como del social.

La única posibilidad del pequeño protagonista de armonizar con la comunidad masculina que lo rodea y con la alteridad (de)formativa de su padre en particular, es a través de un pacto de violencia que, si bien en la actualidad del relato se vive como juego, sin conflictividad –más allá del síntoma físico padecido a veces como dolor– y se descubre en las elecciones del lenguaje con que el niño la determina –donde el lector descubre lo que para el pequeño es aún insondable–, lo compromete éticamente a futuro.

En el texto se esboza entonces un sistema de valores diferentes de los de la cultura *ordinaria* y propios de la del “crimen organizado”, representados a través del “ideario” paterno, alejados de toda ética humanista: ensalzamiento del machismo, prohibiéndole al niño el llanto o el miedo, es decir, su acceso a la sensibilidad, y comentarios que fungen como guiños referentes a la cohesión de grupo, a la lealtad, al honor –en clave mafiosa– a la muerte y al asesinato como elementos comunes de la vida diaria, “valores” no sólo reforzadores del modelo patriarcal, sino con los que el narcotráfico regresa a una forma de organización casi tribal en la que lo más importante es la familia y la pandilla.

En la narración del niño no basta eso, sino que hay que ser “la mejor pandilla” concepto que se muestra en diferentes ocasiones, a través de las representaciones que hace Tochtli de su idea de pandilla, con la que valora el correcto o incorrecto funcionamiento de su entorno:

Yo creo que de verdad somos una pandilla muy buena. Tengo pruebas. Las pandillas son acerca de la solidaridad. Entonces la solidaridad es que como a mi me gustan los sombreros Yolcaut me compra sombreros, muchos sombreros, tantos que tengo una colección con sombreros de todo el mundo y de todas las épocas del mundo.

VILLALOBOS 2010: 13

Así, un valor tradicionalmente humanístico como la solidaridad, queda ligado, en la mente del pequeño narrador, a la complicidad paterna y a la satisfacción del capricho consumista, y esta última, a la única forma que adopta el amor paterno.

Si expandimos el círculo de lo doméstico-filial, notamos que se inhibe así, además, toda posibilidad de establecer una concepción solidaria y democrática de nación, eclipsándola tras la interesada relación consumista sustitutiva del afecto en la concepción pandillesca, caprichosa y depredadora de la madriguera que anula las condiciones humanas tras las leyes de un capitalismo salvaje, caníbal, desenfrenado. En la complicidad inteligente a la que el niño irá accediendo gradualmente, intuimos la consagración de un “junior” —esa misma denominación marca el aspecto filial, la voluntad de ser “senior” como el padre— quien, luego de ser un (pequeño) hombre intelectual, intérprete de letras —al menos, las del diccionario— pasará a ser un hombre grande de (mala) acción, igual a su progenitor.

Esa similitud se remata “educativamente” por parte del padre cuando llega la revelación del contenido del cuarto cerrado —que pone al niño en conocimiento de la variedad asesina del arsenal acumulado, escena donde el vago enciclopedismo adquirido en los libros queda reducido a la identificación exacta de la procedencia de cada una de las armas (102)— y la solicitud paterna a su junior, a modo de conclusión narrativa, incomprensible todavía para el niño, del parricidio que entronice al hijo en la sucesión criminal cuando sea necesario, como el samurái que, en una película vista por el niño en la novela, había matado a un amigo para salvarle el honor: “Entonces me dijo la cosa más enigmática y misteriosa que me ha dicho nunca [...] —Tú un día vas a tener que hacer lo mismo por mí” (103); como gesto de aleccionamiento a su hijo, este pedido nos da a entender el extremo del código que se maneja en el ambiente del crimen organizado, donde es mejor estar muerto que ser atrapado, pero también nos coloca frente a la criminalidad desbocada, donde ni los lazos familiares serán respetados en la competencia (capitalista) final.

Así, para cerrar esta parte de nuestro análisis, podemos considerar que si partimos de ciertas observaciones bajtinianas sobre la épica, en las que se dice:

Una gran forma épica (epopeya grande), incluyendo la novela, debe ofrecer una imagen totalizadora del mundo y de la vida, debe reflejar todo el mundo y toda la vida. En la novela, todo el mundo y toda la vida se representan bajo

el ángulo de la totalidad de una época. Los acontecimientos representados en la novela, de alguna manera han de sustituir toda la vida de una época. En esta capacidad de sustituir una totalidad real consiste su esencia artística. [...] Ésta depende ante todo del grado de penetración realista en la totalidad real del mundo, del cual se abstrae la esencialidad a la que da forma la totalidad de la novela.

235

lo que nos muestra el relato en cuestión –como imagen totalizadora de mundo, donde en el destino del protagonista fluye la analogía con el destino humano de su época– es la historia –generalizada– de deseducación que, a través de la violencia (patriarcal) cotidiana ejercida por el padre (narcotraficante) y el poder corruptor de (su) dinero, padece la personalidad infantil en una nación sometida a la anómica omnipotencia derivada de estos factores y a la naturalización del fenómeno depredador también de la conciencia ética que de ellos se sigue. La idea de destino nacional se refuerza si consideramos con KUSHIGIAN que “the prospect of self-realization and identity should be measured metonymically: as the person grows and forms himself, so does the nation, feeling similar growing pains and struggles with rites of passage as the individual” (2003: 17).

A través del motivo –metaforizado– de la animalidad que marca el entorno de padre e hijo, la novela pone en escena la constitución de una comunidad anti estatal en lucha por definir los límites de su poder, donde el régimen de filiación también entra en discusión: se mata al padre y, asimismo, al propio estado, ingresando de este modo a un orden diferente del establecido por la “cultura” (humanista).

Utopía

Una propuesta literaria completamente diversa de la mencionada se postula en el cuento *Alumbramiento* (2006) del escritor argentino-español Andrés Neuman, marcando un recorrido que va desde la distopía patriarcal a la utopía configuradora de un equilibrio entre los géneros; en él se da voz no sólo al deseo de equilibrio, sino también a un nuevo estilo de paternidad derivado de aquel, en el que un hombre –el narrador– “reconoce a la experiencia corporal y semiótica femenina un saber necesario para mejorar el mundo” logrando “un diálogo inédito hasta entonces con la perspectiva femenina” (DRUCAROFF 2011: 287).

El texto inicia con un epígrafe del *Diario Ideal de Granada* del 4/2/2003: “Las matronas se quejan del ingreso de hombres en la planta de Obstetricia. La dirección del Hospital Clínico reconoce lo sucedido como ‘hecho aislado’” (11). La planta de obstetricia pertenece al espacio comúnmente adjudicado a lo

femenino, “violado” con la presencia del otro sexo. Ese lugar semiprivado donde la figura masculina es vista como molesta por las “matronas” será el escenario del relato, pero el hombre que ingresará allí no lo hará como los otros (acompañantes o asistentes de las parturientas), sino que será él quien, recostado en la camilla mientras su mujer lo sostiene de la mano, relata como da a luz a otro varón. Dice Elsa DRUCAROFF:

Su voz es un torrente verborrágico e intenso que construye en su propio ritmo el terremoto corporal imparabile que el parto desata, que adviene y se apresura cada vez más. “Alumbramiento” no tiene puntos y aparte y empieza *in medias res*, con un “y”, connotando que no hay principio, que la vida es una cadena infinita. La escritura, igual que –en el cuento– el cuerpo parturiente, logra una “prisa milagrosa”, sabe entregarse a un movimiento en el que se participa pero no se maneja.

2011: 189

La escena del alumbramiento de este “cuerpo masculino que trabaja en contra de la lógica cultural en que se ha formado” (DRUCAROFF 2011: 189) se matiza con *flashbacks* que remiten al intenso momento erótico de la gestación, cuando él recibe la luz femenina que le permite embarazarse, pues en la penetración no hubo un agujero, sino un “canal” donde la energía “rebozante de dos” (NEUMAN 2006: 14) retornó luminosa a su propio vientre, sin, no obstante, renunciar al falo en ese acto, sino sólo a su poder instaurador de razón, de logos; eso se inicia con el nombre que ella pronuncia y le otorga en el éxtasis del orgasmo, bautizándolo, dándole acceso a otro mundo que no es el del logos masculino, sino el de la experiencia sensual femenina, colmada de luz y extendida en un único y larguísimo aliento:

aunque antes ella había sabido sin dudarle qué nombre pronunciar al final del túnel que se abría ante nosotros esa noche, dijo el mío, como si me bautizase, como si hasta aquel momento yo me hubiese llamado de prestado, como si no me hubiera merecido un nombre hasta que esa mujer lo pronunció de otra manera.

13

Allí, durante la gestación del hijo –del nuevo varón– empieza un viaje iniciático del que toma conciencia durante el parto, donde la mujer es su guía para el ingreso a un nuevo orden “bi”: “así, invádeme, gritaba, y yo ya no sabía quién estaba dentro de quién” (12), sin tensas polaridades, sin “falocentrismo”, ya que la metáfora del bautismo funciona también como un otorgamiento de la palabra: recibir la experiencia cedida del embarazo y del alumbramiento le da al narrador la posibilidad de verbalizar, pero de un modo diferente de aquel logos que le ha estado siempre reservado: un nombre que no era el suyo hasta que ella lo pronuncia lo convierte a una nueva forma sensible de enunciar –ente-

ramente femenina— e inaugura otro orden simbólico en el cual es posible significar aquello inexperimentable por un hombre, donde también hay dolor: el propio del parto se fusiona con el de perder la posibilidad de ser un yo enunciante: “sí, tengo mucho miedo, tengo tanto miedo que incluso tengo miedo de perder el habla y todo lo que tengo, lo entiendes” (16). Dice DRUCAROFF:

El cuento pone al cuerpo masculino en una situación imposible para, en ese mismo acto, desarrollar significaciones *que no son imposibles*. Ahí está su dimensión utópica. “Sentirme hombre” es sumergirse en el dolor, el terror, la vorágine del parto, experiencias corporales de mujer que construyen un varón futuro diferente. En este punto, el relato confunde intencionalmente al niño que nace con el propio narrador.

2011: 290

La confusión deliberada de narradores padre-hijo, en la que el narrador también se pare a sí mismo como hombre nuevo, alienta una reformulación no sólo de la masculinidad, sino también de la paternidad, en la que se difuminan los valores tradicionales asociados a la primera (fuerza física, intrepidez, estoicismo). La voz narrativa dual visibiliza las dificultades de las emociones masculinas, ocultas tras una máscara de indiferencia, el riesgo de aceptarlas y manifestarlas en un momento en donde se carece de certezas; por ello, en medio del alumbramiento, cuando el niño atraviesa las paredes para salir del miembro henchido, el narrador recuerda la relación con su padre: “así es como te tratan, hijo, ya lo ves, dijo mi padre el día de mi primera pelea, a patadas siempre, y mi madre le decía calla, déjalo, y mi padre le contestaba tú qué sabes, que el niño sepa cómo es el mundo, así van a tratarte siempre” (17); no es casual tampoco que los recuerdos pertenezcan a la primera pelea o al primer disparo de arma si pensamos en la masculinidad hegemónica que pondera la violencia como un valor positivo.

El padre del parturiento se muestra como un padre tradicional, a la espera de que el mundo aleccione al hijo a quien premia cuando acepta la acción ofensiva; el narrador no piensa repetir el esquema, por eso, bautiza también al hijo como él mismo lo había sido, dándole un nombre: “grité, grité el nombre del doctor y mi nombre y el nombre de mi esposa y otro nombre cualquiera, y entonces comprendí que aquel sería el nombre de mi hijo, que acababa de llamarlo, ven, ven, hijo” (16). Señala DRUCAROFF: “El varón recibe algo ajeno con agradecimiento y admiración, y esa situación se aprovecha para discutir con las taras del propio género, para repensar y reposicionarse en ‘otra manera de sentirse hombre’, para ‘ser fuerte de otro modo’” (2011: 290).

Deconstruir la polaridad del género es deshacer las jerarquías binarias, encontrar la multiplicidad de significaciones, exclusiones y sustituciones dentro de lo que pareciera ser dicotómico. El alumbramiento, en consecuencia, no es sólo del niño que nace, sino del hombre ingresante al mundo de la sensibilidad convencionalmente adjudicada a lo femenino, para lo que abandona los arquetipos

del padre “patriarcal”, jefe familiar, guía/propietario de los cuerpos de la familia y controlador de la capacidad reproductiva femenina.

El narrador confronta las dificultades de amar, ser y hacer desde la “patriarcalidad” y las modifica en la propia enunciación que es también praxis física, corporalidad nueva, “bi”; desde su inédita experiencia visceral, espera que el varón que patea su vientre y brota de su miembro ya no viva aquellas experiencias de dislocación entre logos y sentidos, entre razón y sensibilidad: “Tal vez esas patadas en el vientre, pienso, eran los primeros pasos de un futuro hombre tímido al que le gustaría aprender a bailar, ser fuerte de otro modo” (17); abre así la posibilidad no sólo de reinventar el género, sino la propia condición de paternidad, cuando reflexivamente, se propone una actitud –otorgada como don por la mujer desde el nombre– que no produzca personas divididas en géneros jerárquicos.

Conclusión

Resulta innecesario remarcar las diferencias que presentan los textos discutidos: ambos se producen durante la primera década de este siglo en latitudes y culturas diferentes; uno muestra las consecuencias irreparables de la violencia machista ínsita en los modelos patriarcales desbocados, y esa exposición sirve también como velada crítica al sistema que ese ideario cobija y promulga; el otro plantea un cambio –posible– desde la utopía literaria entendida como el espacio de la experiencia inaccesible: nos enseña, desde ese utópico parto masculino, que sin parto masculino también se puede acceder a la desarticulación de los modelos binarios; basta con el ingreso a una nueva sensibilidad, menos polar y más consensuada, que permita formar al hijo varón del futuro; para ello, hace falta desnaturalizar al padre del patriarcado.

Bibliografía citada

- BAJTIN, Mijail, 1999: “La novela de educación y su importancia en la historia del realismo”. In: IDEM: *Estética de la creación verbal*. Trad. Tatiana BUBNOVA [1982]. México: Siglo XXI eds., 200–247.
- DRUCAROFF, Elsa, 2011: *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*. Buenos Aires: Emecé.
- HERRERA, Yuri, 2010 [2004]: *Los trabajos de reino*. Cáceres.
- KUSHIGIAN, Julia, 2003: *Reconstructing childhood. Strategies of reading for culture and gender in the Spanish American Bildungsroman*. London: Associated University Presses.

NEUMAN, Andrés, 2006: “Alumbramiento”. In: IDEM: *Alumbramiento*. Madrid: Páginas de espuma. <http://www.piedepagina.com/redux/13/06/2008/alumbramiento/>. Consultado: el 11 de abril 2016.

PAZ, Octavio, 1950: *El laberinto de la soledad*. México: FCE.

VILLALOBOS, Juan Pablo, 2010: *Fiesta en la madriguera*. Barcelona: Anagrama.

Síntesis curricular

Cecilia López Badano se graduó en Letras en Buenos Aires (Diploma de Honor); siendo docente de la UBA, inició allí su postgrado completado con PhD en la University of Oregon; pertenece al Sistema Nacional de Investigadores mexicano. Publicó *La novela histórica entre dos siglos: Santa Evita de paseo por el canon* (España, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2010), *Inmersiones en el maëlstrom de Roberto Bolaño* (Mención Honorífica, Casa de las Américas-Cuba; Alemania, 2011) y ha aparecido en Buenos Aires su compilación *Periferias de la narcocracia. Ensayos sobre narrativas contemporáneas* (Corregidor, 2015).
cecilial@uaq.mx

Monserrat Acuña Murillo es una de las estudiantes sobresalientes de la carrera de Estudios Literarios de la Universidad Autónoma de Querétaro. Actualmente interesada en temas de género, es becaria en el proyecto de la Dra. López Badano sobre Literaturas disruptivas.